

***Im Westen nichts Neues* versus *El infierno verde*: una lectura paralela**

SUSANNE SCHULZE-BOYSEN

Resumen

Este análisis contrapone dos novelas, una sobre la Primera Guerra Mundial, escrita por el alemán Erich Maria Remarque, y otra sobre la Guerra del Chaco, del escritor costarricense José Marín Cañas, las cuales tienen muchos elementos en común: narración en primera persona, denuncian la crueldad e insensatez de las guerras, así como la “Entfremdung” (alienación) de los soldados, su aislamiento y el trauma producido por la guerra.

Palabras claves: literatura alemana, literatura costarricense, I Guerra Mundial, Guerra del Chaco, Erich Maria Remarque, José Marín Cañas.

Abstract

This work compares two novels, one about World War I, written by Erich Maria Remarque, and one about the Chaco War, written by the Costa Rican writer José Marín Cañas. They have many elements in common: they are written in first person, and they describe the cruelty and utter lack of sense of wars, as well as the “Entfremdung” (alienation) of soldiers, their isolation and the trauma produced by war.

Key words: German literature, Costa Rican literature, World War I, Chaco War, Erich Maria Remarque, José Marín Cañas.

• ¿Qué tienen en común la Primera Guerra Mundial y la Guerra del Chaco en Paraguay? Se va a responder con base en dos obras: *Im Westen nichts Neues* (*Sin novedad en el frente*, 1928) de Erich Maria Remarque (1898-) y *El Infierno Verde* (1935) de José Marín Cañas (1904-1981). Ambas son una fuerte e impactante denuncia contra la guerra. Se propone aquí analizar, en primera línea, los elementos compartidos entre los dos textos y resaltar también algunas diferencias; no se pretende analizar diferencias de estilo ni comparar estos libros con otros producidos por los autores citados.

Erich Maria Remarque, escritor alemán, es conocido principalmente por su libro citado antes, que escribió diez años después de que terminara la Primera Guerra Mundial, donde él participó en el frente occidental con 19 años de edad, durante los dos últimos años de la guerra (1917-1918). En 1928, escribió esta obra como una catarsis de los horrores inenarrables vividos.

José Marín Cañas fue un renombrado escritor de Costa Rica durante la primera mitad del siglo pasado. Personalmente, no participó en ninguna

guerra, pero escribió el libro citado en 1934, cuando la Guerra del Chaco, en Paraguay, no se había terminado todavía. De hecho, en el texto no hay previsión de su fin.

Los narradores son el soldado Paul Bäumer, enviado al frente occidental antes de terminar el colegio, quien muere en octubre de 1918, poco antes del fin de la guerra, durante un día muy tranquilo; mientras que para la Guerra del Chaco el soldado ni tiene nombre, solamente se sabe que es un abogado de 30 años, de Asunción (Paraguay), quien ha vivido la niñez en la estancia de su padre y abuelo, y que muere de sed por haber desertado en un ambiente muy hostil. Paul viene de una familia pobre, su padre es encuadernador, su madre está enferma en la casa y también tiene una hermana mayor. El narrador paraguayo es huérfano de madre, su única relación con mujeres en la familia es con la tía y parece que su familia pertenece, en cierta medida, a los latifundistas.

Para esta comparación se toma el texto alemán del cual se hace un resumen muy sumario, y se reconocen elementos comunes en el relato sobre la Guerra del Chaco. Obviamente, las circunstancias y los antecedentes son muy distintos.

Personajes

Un grupo de muchachos se presenta al cuartel para ir a la guerra, llevados por su profesor guía del colegio, un personaje de autoridad quien habla mucho sobre el servicio para el Estado y la juventud de hierro. Ellos no tienen una idea precisa sobre el futuro; la vida y la guerra aparecen con un carácter ideal y romántico. Después siguen las semanas de entrenamiento donde aprenden a ser duros, a resistir y a soportar, a desconfiar y a ser rencorosos, a adaptarse y a ser solidarios. El entrenador es muy brutal y sádico; en la vida real es un cartero.

El grupo del colegio está dividido y reorganizado con otros soldados, y en el regimiento hay una gran variedad de hombres. Además de los muchachos salidos del colegio, hay un campesino, un cerrajero, un labrador de turba y, sobre todo, el amigo más cercano de Paul, Kat, un hombre de 40 años que sabe todo sobre cómo sacar provecho para él mismo y sus amigos, de cualquier situación, en particular cuanto concierne a la alimentación. Kat es la figura fuerte, olvida rápidamente, va adelante, es el gran soporte.

Al final, Kat viene herido en la pierna y Paul lo transporta sobre sus hombros con esfuerzos sobrenaturales para llegar a la estación sanitaria, para descubrir que su mejor amigo había muerto poco antes debido a una astilla en la cabeza que le entró durante el camino. De su clase de siete muchachos queda solamente él. No tiene raíces y se siente solo. Como se indicó antes, Paul muere poco antes del armisticio.

En el libro costarricense, el soldado paraguayo va a la guerra empujado por las emociones y gritos en la calle. Él es un voluntario, pero está haciendo lo que se espera de él, como su abuelo "héroe" de una guerra anterior.

Cuando va al frente, encuentra a un indio peón de su estancia, Nitsuga, quien asume el mismo papel de Kat; es mayor, fuerte, invencible, valiente, protector. Lo que más resalta al principio es la distinción que se hace entre el finquero “patroncito” y el “guaraní”. En el libro alemán no hay cuestión de raza y las diferencias culturales y educativas se borran. Pero avanzando en la lucha, el mismo finquero se revela como guaraní y las distinciones van desapareciendo. Nitsuga no bromea, es un personaje profundamente triste, siempre está presente en los momentos de crisis para salvar y aliviar a su patroncito. Al final, muere cazado por un avión, sin combatir.

Hay otros personajes cercanos al narrador, pero no tantos, y cuando mueren llega otro. El aspecto más trágico es que ninguno muere como héroe. El joven Ezcarru muere por la malaria - un mordisco de la coral - sed - ciénaga. Al igual que Paul, a él también se lo lleva al final por la espalda, pero a diferencia de él, lo debe dejar tirado. Se pierde y viene rescatado por Nitsuga, mientras que Paul viene a ser rescatado cuando oye las voces de sus camaradas, después de perderse durante una emboscada.

El narrador es una persona muy sola y atávicamente triste; aun cuando está en compañía siempre se siente muy solo. En cambio, los muchachos del texto alemán son muy unidos entre ellos, como si fueran hermanos. No quiere decir que el abogadillo no tenga amigos, también ellos son un grupo unido, pero él no participa en los juegos, ni en los cantos, ni en lo que hacen los jóvenes soldados para pasar el tiempo mientras esperan. Estos soldados son todos “aislados y solos como el desierto”(p. 73).

Pensamientos en trinchera

En ambos libros una palabra se repite siempre: “esperar, esperar”/“warten, warten”. Esperar lo que va a pasar, mientras se sienten muertos en vida.

Las idas al frente se alternan con vueltas al zanjón de reserva o a las barracas. Al primer enfrentamiento con el fuego se cae la visión del mundo anterior; los lazaretos y los moribundos crean el miedo a la muerte. Siempre tienen pérdidas, a veces grandes a veces menos; en la trinchera pasan el tiempo en espera del ataque o de la contraofensiva, juegan naipes, llevan a cabo conversaciones, a veces serias, a veces muy superficiales y con palabrotas. Una de las conversaciones más profundas trata sobre quién comenzó la guerra si ninguno la quería. Surge la idea de que una declaración de guerra debería hacerse como una festividad, con música y entradas a la venta, donde los ministros y generales estarían en la tarima, con vestidos de baño y unos garrotes en la mano. Quien gana esta confrontación gana la guerra para su país. También se expresa la razón oficial para ir a la guerra que es la de defender la patria; sin embargo, los franceses, de la misma manera, defienden su patria, ¿entonces quién tiene razón?

También se repite que no se puede pensar demasiado en lo que se está viviendo, por no enloquecer o tratar de desertar.

Otras veces discuten lo que van a hacer cuando llegue la paz. La primera reacción es: emborracharse, ir donde mamá, ir donde las mujeres. El campesino quiere volver a sus campos, otro quiere quedar como militar porque no quiere trabajar en la explotación de turba. Los muchachos que han venido del colegio no tienen futuro: ¿profesión, estudio, salario? No hay expectativas. La guerra los ha arruinado. La juventud se fue, son refugiados, la primera granada entró al corazón, lo único que saben es hacer la guerra, jugar naipes, decir palabrotas.

Después de la visita del Kaiser, discuten sobre a quién trae provecho la guerra. El Kaiser debería ya tener todo lo que se puede desear, pero objeta Kat que cada Kaiser importante tiene una guerra que lo hace famoso.

También en el Chaco hay la pregunta: “¿Por qué peleamos?” (p. 123). Y los más jóvenes ni habían tenido novia. Pero ante la sed no se puede pensar, todos tienen sed, también los bolivianos. Comprenden que la lucha no tiene sentido, que es “una estupidez colectiva, un salvajismo primario” (p. 129). Si se lucha por la patria, también lo hacen los bolivianos. “¿Quién nos empujaba uno contra el otro si ambos estábamos implorando el mismo derecho, la misma causa, idénticos ideales?” (p. 130). Ninguno lo sabe, solamente se reconoce que es una barbaridad.

En esta guerra hay muchos desertores, no es como en el frente occidental donde ellos no podían escapar muy lejos, y cuando fueron capturados (casi siempre) les esperaba la corte militar y la pena era la muerte. En la inmensidad del Chaco, los desertores no corrían tanto peligro de caer presos, sino de morir de sed.

Alimentación

A menudo se repite la importancia de la comida y de los cigarrillos para mantener a los soldados de buen humor. Mientras esperan, miran hacia arriba los aviones y apuestan una botella de cerveza a cuál avión va a caer.

La provisión de comida durante la Primera Guerra Mundial fue fatal en Alemania; los campesinos andaban al frente, había que dar la comida a las tropas, y al final para ellos no había más que nabos. Para tomar hay aguardiente y agua en la trinchera.

En el Chaco, el problema principal es la sed, no hay agua. La comida no es tan importante, siempre hay algo que comer. Muchos soldados mueren deshidratados. Aquí entonces hay un cambio de importancia: para los soldados europeos la comida es el interés principal, mientras los soldados indios tienen ya alucinaciones por la falta de agua.

Herencias de compañeros muertos

Un compañero del colegio es lesionado y le quitan una pierna. Ya se sabe que va a morir y Paul está pensando en cómo debe avisar a su madre. Otro compañero le pide que se lleve las botas, que son unas muy finas botas inglesas, para cuando lo lleven a recuperarse. El quiere heredar estas botas. Paul le

cuenta del paisaje a casa, la avenida con los álamos, el grano que madura, los peces que solían pescar en el riachuelo. Muere el compañero y la muerte llega como una liberación. El proceso de cómo muere el muchacho viene descrito en detalle. Al final, las botas terminan con Paul, después de haber pasado por otros tres compañeros.

Como Paul reconoce la casualidad de quedar con vida o sin ella, el narrador de *El infierno verde* contempla: “También junto a la muerte la suerte tiene sus esquiveces y sus gracia” (p. 108). Uno de los muchachos recibe una cantimplora donde cabe más líquido que en ninguna otra e igual como con las botas, también la cantimplora se hereda a la muerte de este muchacho, e igualmente este botín llega a las manos del narrador. Como Paul es el próximo dueño de las botas, ya tiene a quién dejárselas. Ironía de la suerte, del grupo Paul es el último en quedar con vida y el narrador se muere completamente solo.

Naturaleza

La naturaleza es suave, en verano hay praderas llenas de flores y piéridas, el viento es cálido y tierno y hace pensar en las muchachas. Con el fuego, el aire se llena de humo y vibra, hay una succión irresistible, la tierra es la única amiga, las estrellas y los cohetes proporcionan un espectáculo, hay mucho ruido. El bosque se levanta, las praderas se revuelven, el cementerio con sus lomitas como tumbas es ahora el lugar de protección. La tierra explota, el humo de gas es como una medusa sobre la superficie. Después se despeja el aire y llega la lluvia.

La naturaleza corresponde a la condición humana. Cuando hay una ofensiva o una reacción defensiva, el cielo truena, la tierra retumba, la noche grita, la luz es gris asquerosa, hay suciedad y fuego, el sol quema. Cuando hay un momento de calma, el cielo aparece luminoso, con muchas estrellas, ricos olores. Pero también hay momentos en que la naturaleza quiere manifestarse, aun en el infierno, sin flores ni hierba; llega una mariposa y descansa sobre los dientes de un esqueleto, los pájaros anidan y vuelan. Además, siempre vienen descritas las manifestaciones de las distintas temporadas. Paul observa y aprecia la naturaleza.

En el Chaco, la naturaleza se marca por una violencia extrema. Obviamente el Chaco no es Europa Central ni Occidental, hay selva y desierto, y se dice que es una de las zonas más inhóspitas del planeta. Hay mucho sol y falta de agua; de hecho, en esta historia no es la comida la que hace falta, sino el agua. Es una zona muy vasta donde ningún hombre ha pisado y hay que abrir brecha con el machete. El sol arde, hay matorrales, árboles, arbustos, pájaros, serpientes. Estar en este lugar es terrible, aun sin combate. “El Chaco no tiene caminos” (p. 18). Desesperación de la selva; otras palabras usadas son: jungla, desierto, polvazal y espinas.

La relación con la tierra es negativa mientras que Paul la ve como amiga. “Detenerse, pegarse a la tierra, es como comenzar a morir en él (el Chaco)” (p. 56).

El camino se hace demasiado largo, los soldados se ponen como autómatas, sonámbulos, locos, antes de que comience el combate.

El narrador, por otro lado, tiene también recuerdos de la linda estancia con rosales, con praderas y potreros donde andaba con su caballo, vacas gordas, polvo de oro. Otro lugar con rosales es el jardín del hospital, muy agradable y calmo.

Ofensivas y contraofensivas

Los soldados regresan en su desarrollo humano unos mil años y devienen “Menschentiere”, animales humanos. Con las primeras granadas, el cuerpo se pone atento, la vida interna y secreta se prepara para la defensa. Hay ataques con gas. Pasa la columna de caballería, después se oyen los caballos que gritan de dolor. El campesino considera que los animales no tienen que participar en una guerra, y se desespera tratando de ayudar a las bestias con un tiro, que no le es permitido.

Llegan nuevos soldados para reemplazar a los muertos, son más jóvenes, al final son unos muchachitos. Los primeros contactos con el frente resultan en incontinencia. Un recluta recibe un balazo en la cadera, los huesos se le despedazan, el muchacho deviene una papilla de carne, de manera que Kat considera ponerle fin a los sufrimientos con su revólver. Pero salen más cabezas desde los zanjones, y pasa la oportunidad. Los nuevos reclutas mueren como moscas, tienen la expresión de niños muertos, suben, corren y caen; sus uniformes son demasiado grandes ya que no hay uniformes tan pequeños.

Durante una ofensiva llega un disparo de la propia artillería, la cual tiene los tubos gastados. Quedar con vida es pura casualidad, el frente es una jaula, los adversarios están mejor equipados, tienen mejor comida y mejor munición. Se oyen los trenes y camiones enemigos todo el tiempo. Los zanjones están totalmente destruidos; hay tanques, minas, aviones con infantería. Hay que quitar la tierra de encima para salir de la zanja, mucho ruido, explosiones. Tienen hambre, pero ninguno viene a traerles comida, ninguno puede pasar por este fuego. La noche se pone insoportable.

Durante la contraofensiva se convierten en animales peligrosos, las granadas no van contra seres humanos, van contra la muerte con cascos, son como autómatas, sin voluntad, furiosos: correr, lanzar disparar, matar. El horror es soportable si uno se agacha.

En Paraguay, como en el frente francés, hay caballos locos huyendo con “relinches prehistóricos El grito se repite, más trágico, más roto, más hiriente” (p. 43). Como en el frente occidental, también en esta línea de fuego los soldados se echan a tierra, se dejan caer en los zanjones y se orinan al primer combate.

Después de matar al primer soldado boliviano, el narrador se convierte en una máquina matadora, junto con su ametralladora que se considera como muslo de mujer; así, la matanza adquiere aspectos eróticos.

Heridos y muertos

Los heridos viven, hay sobrevivientes sin cráneo, soldados que se mueven sin pies, por cada metro hay un muerto. Uno se arrastra con los intestinos en la mano.

Hay cadáveres en una enorme trinchera en tres niveles. Muere otro de los compañeros y del regimiento de 150 quedan solamente 32. De nuevo en las barracas, Paul piensa en el paisaje de su casa, ya no le importa la vida, todo le es igual, ya no tiene ilusión de vivir. Ellos son como niños abandonados con una experiencia de ancianos, crudos y tristes. El humor salva de la destrucción.

También en el Chaco hay angarillas con heridos con “miembros mutilados, brazos rotos, vientres con las tripas enroscadas y llenas de polvo” (p. 74). Los heridos siguen gritando su dolor.

Hay cuerpos guindando de las ramas y en los troncos, tocados por la metralla, y a veces se bambolean. “Hay unos que cuelgan por el abdomen, como trapos puestos a secar, con los brazos alargados hasta la tierra. Hay otros recostados sobre los troncos, con la boca abierta en un mudo alarido” (p. 77). En el frente occidental hay minas que lanzan a los soldados en el aire, de manera que quedan guindando y despedazados en varias partes.

Como en la trinchera con muertos en tres niveles, hay en el Chaco un boquete con muchos cadáveres, cubiertos de cal.

Primera víctima enemiga

Paul viene enviado en una patrulla, se pierde y cae en un zanjón y después le cae encima un soldado francés al cual mata con su bayoneta, por instinto, para no ser matado. Cuando lo mira cómo sufre muriendo, se siente mal y quiere ayudarlo. Le da agua con su pañuelo, el cual pasa por el agua que se encuentra en el fondo del zanjón, y trata de medicarlo. Aun así después de muchos estertores y lamentos, el soldado muere; Paul piensa en la familia que el soldado dejó, ve en sus cartas la identidad y fotos de la esposa e hija. Le promete que va a ocuparse de ellos después de la guerra. Considera de nuevo la fatalidad de la guerra, si él hubiera encontrado cómo regresar y si el soldado se hubiera caído en otro zanjón.

En el Chaco, durante un combate, el soldado narrador cae en un zanjón, sobre un cadáver. De la insensibilidad, impotencia, sensación de estar muerto, se recarga para disparar y tirar granadas, con una alegría feroz. Tiene a su primera víctima y no quiere admitir ser responsable de su muerte. Mientras muere este soldado boliviano, él no puede darle agua ni está seguro de si está vivo o muerto. Después, cuando la víctima ya está muerta, piensa que no fue su intención matar a este pobre indio, como Paul piensa qué vida habrá vivido este pobre ser. Murió en defensa de una tierra que “no le dio ni siquiera sombra” (p. 98). Se siente con remordimientos, él que tenía aspiraciones de crear una nueva visión de la vida con valor y “aniquilar el atavismo trágico de una raza incubada en la pendencia y la muerte” (p. 99). Siente mucha vergüenza. Y como en el otro relato, llega de nuevo un ataque y vuelve el fuerte impulso de sobrevivir.

Mujeres

Por el lado afectivo, Paul tiene a su madre quien le ha dado todo su amor: “Wie arm sie in ihrem Bett liegt, sie, die mich liebt, mehr als alles ... Noch sitze ich hier, und du liegst dort, wir müssen uns so vieles sagen, aber wir werden es nie können“ (p. 129). Deben hablar de muchas cosas, pero no van a poder hacerlo. Las relaciones amorosas con muchachas no han comenzado todavía.

En el frente, los amigos conocen a tres mujeres francesas que viven del otro lado del río, donde no tienen permiso de ir. De noche pasan por el río con alimentos y encuentran solaz con estas mujeres que tienen buenas palabras para ellos. No es como en los burdeles de la tropa; hay un componente humano que despierta el deseo de olvidar. Es un momento de pausa entre los combates.

Pero su madre, la hermana mayor, las mujeres francesas y las enfermeras hacen un rol de protectoras, asociadas con regularidad a la vida fuera de la guerra, la limpieza, la comida.

El narrador guaraní, ya como hombre, tiene una relación con una mujer india, la Mencha, pero es una relación más que todo física. Sin embargo, también lo reconforta y ella protesta cuando él se va por causa de la guerra.

Nunca ha vivido el amor materno, u otra unión que sea más sentimental, solamente en sus sueños, como cuando ve a una mujer fumando en la terraza del casino de Buenos Aires con olor de azahares y se enamora de esta visión.

Y también tiene una relación del tipo de la que tienen Paul y sus compañeros con las mujeres francesas, con una mujer india, durante un momento de pausa, cuando llegan las lluvias en la tierra árida y reseca. Ella lo conforta y le da seguridad, para después hacer lo mismo con otros soldados.

Cuando está en el hospital y lo cuida con caricias la enfermera rusa, tiene una fantasía con ella como su esposa en la estancia, en un ambiente idílico y tranquilo: “Seríamos el tronco sano de una raza nueva, de unos seres libertados del mal de la pelea, de unos hombres serenos, bondadosos y enérgicos” (p. 186). Le habla, pero ella no lo entiende.

Familia

Paul tiene vacaciones y va a casa. El mundo ya no es el mismo, se encuentra fuera de lugar. La madre es la única que no pretende nada de él, solamente le pregunta si estaba horrible en el frente. Ella está muy enferma. El no puede contar a su madre su experiencia. Quiere hablar con ella, pero no puede. Su padre lo molesta con sus preguntas, quiere que hable con los amigos. Todo el mundo opina pero sin saber de qué cosa están hablando. Al final llega a la conclusión de que fue un error haber vuelto a casa.

Al soldado indio herido en el hospital, vienen a visitarlo su padre y su abuelo, pero el narrador se siente todavía más incomprendido y lejos de ellos, como Paul cuando va a casa. Por lo menos el padre no habla, se emociona al abrazarlo y está “tiernamente triste” y “plácidamente alegre” (p. 179), algo así como la madre de Paul.

El abuelo habla de combates y heroísmos, de manera que el narrador no quiere volver a la finca para recuperarse; siente aversión por este mundo.

Lazareto y personaje principal herido

Cuando Paul ve morir a su amigo en el lazareto de campo, también se desespera con un médico y un asistente cuando estos no reaccionan a la solicitud de ayudar al amigo moribundo. El médico dice que no sabe de cuál hombre está hablando; ya ha amputado cinco piernas durante el día. Lo único que contesta el asistente es: “Eine Operation nach der andern, seit morgens fünf Uhr – doll, sage ich dir, heute allein wieder sechzehn Abgänge – deiner ist der siebzehnte. Zwanzig werden sicher noch voll” (p. 31). Ya hoy se han muerto dieciséis, con el tuyo son diecisiete, seguramente van a ser veinte en total.

Con amigos, Paul va a hacer la guardia en un pueblo abandonado, donde disfrutaban mucho de la comida y las comodidades por catorce días. Después son enviados a ordenar otro pueblo que está siendo abandonado. Hay gentes que huyen con sus carritos y sus bienes móviles, familias enteras desesperadas y de prisa. Van en columna de marcha, seguros de que no serán atacados cuando hay disparos que llegan a las últimas líneas. Un disparo entra en la pierna de Paul.

Junto con otro compañero del colegio, herido, viaja en tren, con enfermeras muy limpias. En el hospital hay todo tipo de heridos; al compañero le amputan una pierna y hay un cuarto donde se transporta a los que están por morir, el “Sterbezimmer”:

Wie sinnlos ist alles, was je geschrieben , getan, gedacht wurde, wenn so etwas möglich ist! Es muss alles gelogen und belanglos sein, wenn die Kultur von Jahrtausenden nicht einmal verhindern konnte, dass diese Ströme von Blut vergossen wurden, dass diese Kerker der Qualen zu Hunderttausenden existieren. Erst das Lazarett zeigt, was der Krieg ist. (p. 177).

En los lazaretos paraguayos, los médicos y sus ayudantes son sobrecargados de trabajo y de cansancio. “Todo se hace aprisa, como si el cuerpo fuera carne de caballo” (p. 111). El narrador viene herido en la pierna. Debe esperar mucho tiempo que lo vengán a recoger y lo encuentra su amigo protector Nitsuga.

Cuando lo transportan en tren hacia el hospital, se asusta cuando la locomotora silba. Así le pasa a Paul durante su permanencia en su ciudad, cuando oye el chillido de los tranvías. Estos ruidos se parecen al de las granadas. “Nosotros hemos huído de la batalla, pero la batalla la llevamos metida en los rincones de nuestro miedo” (p. 160). Durante su delirio puede articular en su cerebro todo lo que es la guerra infame, sobre todo infame para los indios, a quienes ya se les han quitado los valores de la vida y la dignidad, y viven pobres y solos. Entonces, “No hay ideales, la patria es algo que los politiquillos y los enfermos de retórica han mixtificado cruelmente en perjuicio de los que no piensan” (p. 165).

Regreso al frente

Cuando Paul vuelve al frente, éste ya no existe, es un frente elástico que se retira. Pero absurdamente siempre hay combates. Los otros están bien nutridos y siempre vienen nuevos; ellos están enfermos, con infecciones intestinales, amarillos, con las caras resignadas, deformes, un compañero deserta y viene preso. Las tropas nuevas son de muchachos anémicos que ni pueden llevar bultos, pero sí saben morir, por miles y miles. “Deutschland muss bald leer sein” (p. 189). Alemania pronto va a estar vacía.

El clímax de la tragedia es cuando él carga a Kat sobre la espalda y llega al lazareto con el muerto, como ya fue mencionado.

En Paraguay, ya recuperado, el narrador regresa al Chaco para encontrarse con la muerte de Nitsuga, y después deserta con otro compañero que muere y le deja la cantimplora, para enseguida morir él mismo, perdido, solo, abandonado.

Comparación entre Paul y el narrador guaraní

Paul tiene veinte años, pero conoce solamente la desesperación, la muerte, el miedo y la concatenación de superficialidades sin sentido con un abismo de dolor:

Ich sehe, dass Völker gegeneinander getrieben werden und sich schweigend, unwissend, töricht, gehorsam, unschuldig töten. Ich sehe, das die klügsten Gehirne der Welt Waffen und Worte erfinden, um das alles noch raffinierter und länger dauernd zu machen. (p. 177).

A diferencia de Paul, el narrador ya tiene una vida pasada, “iba a la desolación, pero detrás dejaba también una desolación... en el bufete no se quedaba otra cosa que el vivir oscuro, tristón, de abogadillo sin parientes” (p. 27). Así, los dos personajes no tienen perspectivas ni proyectos, viven el día a día.

Sin embargo, Paul tiene una importante red de relaciones interpersonales. Por ejemplo, durante sus vacaciones, debe ir donde la madre del compañero con las botas. Ella le pregunta si su hijo sufrió mucho; él lo niega, no le puede decir la verdad. Dice que no quiere volver de la guerra si miente. De hecho, no vuelve de la guerra y muere igual que el guaraní, sin sentido.

Después de esta visita, debe ir de nuevo al cuartel y encuentra a su profesor guía que ahora debe ir al frente también. A la par del cuartel están los prisioneros rusos, casi muertos de hambre. Paul les da de la comida que recibe de su madre enferma, además de cigarrillos. Considera que son hombres muy bondadosos y que por mera casualidad son enemigos, por un lado, y por otro, pueden convertirse en amigos. Cada día muere uno.

Si así puede decirse, el personaje del Chaco es aún más trágico, no tiene identidad y está todavía más solo.

Humor

Una gran diferencia entre los dos libros consiste en el humor que hay a veces, no obstante todas las desgracias, en el libro alemán y que hace falta por completo en el relato de la Guerra del Chaco. Por ejemplo, aún en la situación extremadamente dura del hospital, hay una escena donde a un soldado herido que ni puede subirse a la cama, viene a visitarlo la esposa con bebé, desde Polonia (entonces Polonia no existía, estaba dividida entre Rusia, Alemania y Austria). Como siempre repite Paul, para sobrevivir en esta locura hay que sacar el lado bueno de cada momento. Los compañeros hacen un plan de cómo estas dos personas pueden reunirse, con guardas y niño. ¿Será que a los personajes trágicos de la Guerra del Chaco les faltaba la risa? ¿O es que el autor estaba ya más en la corriente existencialista que no permitía el humor?

Consideraciones finales

La razón para leer y analizar estos dos libros casi cien años después de su publicación es lo absurdo de la guerra misma. Todo el mundo dijo después de la Primera Guerra Mundial: ¡Nunca más! Pero allí siguen con las guerras; la Segunda Guerra Mundial como resultado directo de la Primera, y todas las otras guerras hasta hoy en día. Y ahora ya no son combates en el frente, donde solamente sufrían los pueblos cercanos.

Los grandes ganadores son en primera línea los fabricantes de armas, quienes las vienen produciendo no solamente en Estados Unidos, pues la misma Suiza que se enorgullece de su pacifismo produce muchas armas muy sofisticadas. Ahora, si “por dicha y gracias a Dios”, para usar una terminología típica costarricense, no hay guerra en Europa, estas armas deben ser exportadas, y ¿para qué? Para hacer la guerra. Deberíamos tener en cuenta que en los países productores, las armas generan buenas entradas y lugares de trabajo, de manera que contribuyen a la economía del Estado de manera significativa. ¿Es esta una justificación para promover las guerras alrededor del globo?

En mi caso personal, yo estoy muy feliz de poder residir en este país de verdad pacifista, que puede demostrar al mundo que sí se puede vivir sin ejércitos ni armas. Es el círculo completo. Mi familia estuvo muy involucrada en las dos grandes guerras del siglo pasado. Uno de mis antepasados fue el Gran Almirante Alfred von Tirpitz, quien en cierta medida es corresponsable de la Primera Guerra Mundial. Él fue la persona que organizó el incremento de la flota alemana, de tal manera que constituyó una amenaza para la flota inglesa, hasta entonces la flota indiscutiblemente más fuerte del mundo, razón por la cual Inglaterra se puso contra los países del eje. Durante la Segunda Guerra, mi tío paterno, Harro Schulze-Boysen, estaba en abierta oposición al Führer, y en lugar de salir del país, a la edad de 33 años fue torturado y colgado el 22 diciembre de 1942.

Última pregunta, solamente una curiosidad: ¿José Marín Cañas habrá leído el libro alemán, que fue un éxito inmediato, traducido y filmado, en vista de que él mismo nunca participó en una guerra? Remarque escribió basado en sus

propias experiencias o las de sus compañeros, y tuvo la suerte, si así se puede llamar, de no caer prisionero. Pero Marín tampoco cuenta, por ejemplo, la vida como prisionero de guerra, y tomar o ser prisionero es tan parte integrante de una guerra como disparar. Este es solamente un aspecto, y como era la propuesta, muchos elementos son comunes entre los dos libros, y en el segundo texto talvez adaptados al ambiente suramericano.

Bibliografía

Marín Cañas, J. *El infierno verde*. San José: Editorial Costa Rica, 1987.

Remarque, E.M. *Im Westen nichts Neues*. Köln: Kiepenheuer & Witsch, 2007.